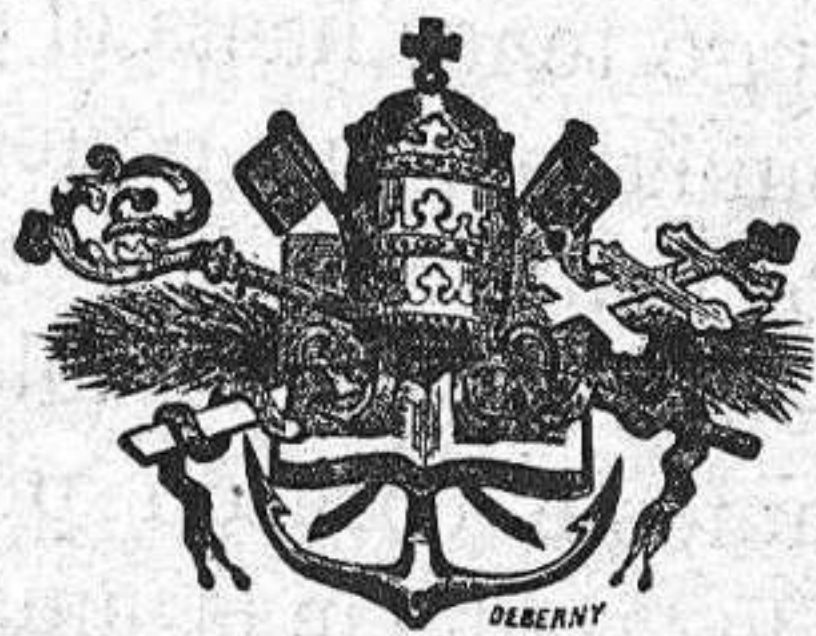


ASTORGA 20 DE NOVIEMBRE DE 1913.



BOLETÍN ECLESIASTICO
DEL

Obispado de Astorga

Número extraordinario

NOS EL DR. D. JULIÁN DE DIEGO Y ALCOLEA

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO
DE ASTORGA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA ORDEN DEL MÉRITO
MILITAR, SENADOR DEL REINO ETC.

*Al venerable Dean y Cabildo de nuestra
Santa y Apostólica Iglesia Catedral, Arci-
presbiteros, Párrocos y demás clero, Comuni-
dades religiosas de ambos sexos y fieles
todos de nuestra Diócesis.*

Salud en Nuestro Señor Jesucristo.

HERMANOS É HIJOS NUESTROS AMADÍSIMOS:

El Señor en sus inexcrutables designios ha
dispuesto que Nos prestemos nuestros humildes

servicios en otra Diócesis distinta de esta de Astorga que á Él plugo tener hasta el presente confiada á nuestro cuidado, y no podemos dejar de acatar sus divinos mandatos. Las cosas todas de la tierra son perecederas y mudables y el Señor quiere que tengamos el corazón preparado para separarnos aun de las que más amamos, si así lo exige su servicio. Va, por lo tanto, á disolverse el vínculo espiritual que nos ha unido durante nueve años, á vosotros como á hijos y á Nos como padre espiritual vuestro, mas no por eso se disolverá el vínculo de amor profundo que os profesamos y del que vosotros nos habeis dado constantes é inequívocas muestras. Es más, abrigamos la esperanza de que este amor ha de acrecentarse y acrisolarse con el transcurso del tiempo y de que se afianzará á pesar de la distancia, porque el amor que viene de Dios y á Él se dirige no es como el amor mundano semejante al relámpago fugaz que tan pronto deslumbra con su resplandor como se extingue en la lóbreguez de noche tempestuosa, sino que es luz permanente é inextinguible simbolizada en el mundo visible por la luz que el Señor creó en el principio de los tiempos para alumbrar los cielos y esparcir la vida por toda la redondez de la tierra.

Al separarnos de vosotros en estos momentos, cúmplenos ante todo satisfacer la obligación que tenemos de pedir perdón por nuestras faltas y deficiencias, aun declarando, como declaramos

sinceramente, que siempre hemos tenido deseos é intención de acertar; pero el hombre lleva á todas partes sus errores, equivocaciones y defectos y, si como asegura el Apostol S. Juan, (1) nadie puede decir con verdad, aun siendo justo, que está exento de culpa, si hasta en los que supieron elevarse á las mas altas cumbres de la santidad la divina justicia encuentra sombras de imperfección, ¿cuántas y cuán graves no serán las faltas en que habremos incurrido Nos que tanto distamos de las relevantes virtudes, del celo ardiente y de la elevación de miras de los hombres perfectos?

Os rogamos, pues, venerados hermanos y muy amados hijos, que nos otorgueis generoso perdón por las faltas cometidas en nuestro gobierno y al mismo tiempo eleveis vuestras oraciones al cielo á fin de que el Señor nos lo conceda muy amplio de modo que estas negligencias no nos sean imputadas en su tremendo y rigurosísimo tribunal.

En segundo lugar queremos cumplir y cumplimos gustosos el deber de dar gracias á nuestro muy amado clero, á las autoridades y á los fieles en general por el concurso que nos han prestado durante el tiempo que hemos tenido á nuestro cargo el gobierno de esta Diócesis.

Por muy buenos que sean los deseos que ani

(1) I. Ioann I, 8.

men al Obispo, por muy excelentes que fueren los proyectos que forme, por muy grande voluntad que tuviere, poco ó nada podrá conseguir si no cuenta con auxiliares inteligentes y activos que lleven á la práctica sus planes y realicen sus disposiciones. En casi nueve años que hemos regido el Obispado de Astorga, á pesar de lo azaroso de los tiempos y de las dificultades que á diario suscita á los Obispos lo calamitoso de las circunstancias que nos rodean y la tenaz campaña que se hace contra la Iglesia de Cristo en todas partes y por todos los medios, no hemos tropezado con graves obstáculos en nuestro gobierno, debiéndose sin duda ésta feliz circunstancia á la cooperación del clero y á la armonía en que han vivido con su Obispo las autoridades de todo órden y categoría. No podemos en manera alguna agradecer bastante ni mucho menos pagar debidamente este señaladísimo favor, porque no existe sobre la tierra tesoro bastante rico con que pueda pagarse; pero Dios Nuestro Señor, en cuyo nombre, aunque indignamente, hemos ejercido la autoridad episcopal, pagará superabundantemente estos servicios que á El se han hecho y los pagará con bienes de tan extraordinario valor, que en su comparación parecerá mezquino cuanto los hombres pudieramos dar.

Réstanos ahora, venerables hermanos y amadísimos hijos, exhortaros con palabras semejantes á las que usaba el Apóstol S. Pablo al despe-

dirse de los fieles de Mileto, (1) palabras que son aplicables á los fieles de todos los lugares y de todos los tiempos, porque en todo tiempo y lugar cercan el aprisco de la cristiana grey lobos rapaces ansiosos de devorar las almas y aun entre los mismos cristianos surgen de continuo maestros de falsas doctrinas que intentan apartar á los fieles del camino verdadero y conducirlos por otros caminos que no llevan á Cristo. Por esa razón os rogamos con el mayor encarecimiento que permanezcais siempre unidos á la Iglesia de Cristo, poniendo sus enseñanzas sobre todas las doctrinas de los hombres, por muy sabios que fueren, porque las doctrinas de los hombres, aun de los mas inteligentes é instruidos, son doctrinas que proceden de la limitada y finita inteligencia humana, mas las enseñanzas de la Iglesia proceden de la infinita Sabiduria de Dios.

Nuestro adorable Redentor quiso que no se interrumpiese hasta la consumación de los siglos su acción divina sobre las inteligencias y los corazones de los hombres y para esto instituyó su Iglesia en la cual vive y por medio de la cual ejerce su divino magisterio enseñando á todos aquellos que buscan sinceramente la verdad, y la instituyó de tal manera que sea siempre aquella

(1) Act. App. XX, 29, 30.

luz verdadera que ilumina á todo hombre que viva en el mundo de que habla El Apóstol San Juan en su Evangelio porque, así como un limpio y bien pulimentado espejo refleja sin sombra ni mancilla la luz del sol, de la misma manera la Santa Iglesia difunde entre los hombres la luz clarísima que le presta con su asistencia no interrumpida el Divino Verbo, verdad eterna é indeficiente. De aquí se deduce que la adhesión firme á la Iglesia de Cristo es la señal mas cierta que sirve para distinguir al verdadero fiel cristiano de aquellos que no lo son.

Uno de los mas peligrosos errores que se han suscitado en los tiempos presentes es el de pretender convencer á los fieles de que pueden ser buenos cristianos y vivir unidos con Cristo viviendo separados de la Iglesia fundada por Cristo y aun combatiendo á esta en las personas del Romano Pontífice, de los Obispos, de los sacerdotes y de los religiosos, como si fuese posible honrar á Cristo menospreciando á los que El ha elegido para representarle sobre la tierra; como si fuese posible seguir á Cristo desoyendo la voz que El hace llegar hasta nosotros por medio de sus ministros á los cuales dijo: «*El que á vosotros oye á mi también me oye; el que á vosotros desprecia á mi me desprecia*» (1).

Esto nos mueve, amadís mos hijos, á enco-

(1) Luc, X, 16,

mendaros con tanta insistencia que vivais siempre unidos á vuestros legítimos Pastores, oyendo su voz y procurando seguir sus consejos, sin dar oídos á los que de una manera ó de otra pretendan separaros de los que Dios ha puesto en medio de vosotros para distribuir el pasto espiritual de la doctrina y de los sacramentos, que comunican la gracia por la cual se transforman los corazones y se dignifican las acciones, aun las mas pequeñas é insignificantes hasta elevarlas á los cielos y hacerlas dignas de los premios eternos.

Ved siempre en vuestros Prelados los enviados del Señor, los representantes de Cristo, los sucesores de los Apóstoles y prestadles toda la sumisión y todo el amor que un buen hijo debe prestar á un padre solícito, no negándoles por ningún pretesto ni en ninguna ocasión la cooperación que necesitan para el desempeño de su elevadísima y difícil misión.

Recibid también con amor filial y escuchad con docilidad la voz de vuestros inmediatos pastores que son los párrocos y demás encargados de la cura de almas á los que debeis reverenciar y amar sobre todos los personajes de la tierra, por altos que fueren, puesto que son representantes del Altísimo. Si alguna vez, lo que Dios no permita, vieseis en el sacerdote, algún defecto inherente á la debilidad de nuestra condición, debilidad á la que estamos siempre sometidos

todos los hombres, aun los investidos del carácter sacerdotal, mientras vivimos en el mundo, no por eso dejeis de seguir sus consejos y cumplir sus preceptos cuando os enseñan la doctrina de Cristo Nuestro Señor, teniendo en cuenta que el sacerdote, aunque como hombre que es, esté sujeto á las debilidades y fiaquezas humanas, mientras permanezca unido y en comunión de doctrina con sus legítimos superiores, es representante de Jesucristo y dispensador de las divinas gracias, pues á él como á sucesor de los Discípulos del Señor fueron dirigidas aquellas palabras: *« Todo lo que atares sobre la tierra será atado en los cielos y lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos »*. (1)

Vivid siempre unidos unos con otros por el vínculo santo de la caridad sin la que no puede existir la vida cristiana que se funda en la humildad, y alcanza por la caridad su perfección y complemento.

La ruina del humano linage procedió de la soberbia, raíz del egoismo, del odio y de la envidia, que separa los hombres y torna en irreconciliables enemigos á los que por naturaleza son hermanos entre sí. Esta es la razón por la cual quiso Dios que la regeneración de los descendientes de Adán heridos por el pecado de soberbia que su primer padre cometió en el Paraíso,

(1) Matth. XVIII, 18.

tuviese como principal fundamento la humildad, la abnegación y el sacrificio de que Jesucristo nos dió alto y perfectísimo ejemplo, porque la humildad, la abnegación y el sacrificio conducen al amor santo dispuesto á sacrificarse por Dios y por los prójimos, que son imagen de Dios.

Es por otra parte la santa virtud de la caridad el bálsamo que cura las heridas del corazón, el consuelo en todas las amarguras y dolores de la vida. Nada desconsuela y abrumba el alma hasta hacerla desfallecer como la soledad y abandono que arrancaron ayes de dolor al mismo Hijo de Dios al espirar en la cruz (2). Por el contrario la caridad, de tal manera une los corazones de los que se aman, que reparte entre todos el peso de las grandes tribulaciones de la vida, haciéndolas más llevaderas. Nada suaviza y endulza las penas propias como la convicción de que hay muchos hermanos nuestros que sienten con nosotros y están dispuestos á ayudarnos con sus oraciones y buenos oficios, si los hubiesemos menester, á sobrellevar las pruebas con que Dios permite que seamos acrisolados

No haya, pues, disensiones entre vosotros, venerables hermanos é hijos carísimos, ni se manifiesten las innobles pasiones del odio ó de la envidia; considerad que todos sois hermanos en

(2) Matt, XXVII, 46.

Cristo Nuestro Señor y que todos los días decís levantando al cielo los ojos: «*Padre nuestro que estás en los cielos..... Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*»

Estas palabras serían vuestra más severa acusación ante la divina presencia si tratáseis á vuestros prójimos como enemigos y no como hermanos.

Por último, así como al comenzar nuestro pontificado dirigimos un saludo á nuestro Cabildo Catedral, á los párrocos y sacerdotes y á los fieles de nuestra Diócesis, del mismo modo al terminar nuestro gobierno enviamos nuestra amorosa despedida en primer término al Cabildo Catedral en el que hemos encontrado consejo y apoyo, siempre que lo hemos necesitado; afecto profundo y adhesión no desmentida en todo tiempo. Enviamos en segundo lugar una despedida llena de afecto sincero al clero de esta dilatada y vastísima Diócesis, clero tan sufrido como amante de sus Prelados, cuyo recuerdo no se borrará de nuestra memoria y cuyo amor vivirá siempre en nuestro corazón. Agradecemos también desde lo más íntimo de nuestra alma la cordialidad de las relaciones que han sostenido con Nos las muy dignas personas que han ejercido autoridad durante los años de nuestro gobierno en las diversas poblaciones de esta Diócesis y el apoyo que nos han prestado en los casos en que nos ha sido preciso, y á todas ellas enviamos con nuestra des-

pedida los fervientes votos que elevamos al cielo pidiendo que el Señor les conceda toda clase de prosperidades. Finalmente, ¿cómo podremos olvidar al pueblo, así de la capital de la Diócesis como de las villas y aldeas de la misma, cuando aún resuenan en nuestros oídos aquellas inequívocas muestras de adhesión que hemos recibido cada día y en cada momento? ¿Cómo será posible que desaparezca de lo más íntimo de nuestro espíritu la visión de aquellas recepciones entusiastas, de aquellas aclamaciones estruendosas, de aquellas explosiones de júbilo y de amor filial que encontrábamos á nuestro paso al visitar las parroquias? Ciertamente que podríamos ser tachados con justicia de ingratitude si no conservásemos en la memoria hasta el último momento de nuestra vida el recuerdo de un amor tan intenso y tan constante. Jamás podremos recompensarlo debidamente, pero este recuerdo nos servirá de poderoso estímulo para rogar á Dios que premie con la largueza con que Él so'lo puede hacerlo la fé y generosidad de un pueblo que así sabe respetar y amar á los representantes de Cristo.

Confiamos que el Señor concederá á todos vosotros, venerables hermanos y amados hijos, así sacerdotes como seglares de toda clase y condición, la recompensa eterna, en prenda de la cual os damos nuestra bendición pastoral en el nom-

bre del Pa ✠ dre y del Hi ✠ jo y del Espíri-
tu ✠ Santo.

Dada en nuestro Palacio de Astorga á 19 de
Noviembre de 1913.



† JULIAN, OBISPO DE ASTORGA

Por mandado de S. E. ltma. el Obispo mi Señor,
Dr. Agustín Parrado,
Penitenciario Secretario

*Esta Carta Pastoral será leída al ofertorio de la Misa
conventual en el primer dia festivo después que se reciba.*

Salida del Excmo. Sr. Alcolea.

En el día de mañana, Dios mediante, saldrá de esta Ciudad y de la Diócesis el Excmo. é Ilustrísimo Sr. D. Julián de Diego y Alcolea, para encargarse, en breve, del gobierno del Obispado Salmantino que la divina Providencia en sus altos designios ha querido encomendar á su pastoral solicitud, trasladándole de entre nosotros, que tuvimos la fortuna de ser las primicias de su ministerio episcopal.

Parte el Sr. Alcolea después de haber regido la numerosa grey asturicense, por espacio de nueve años, con singular acierto, con nunca dementida prudencia, con celo verdaderamente apostólico, con desvelos de pastor vigilantísimo, con acendrado amor de nobilísimo padre. Consi-go lleva, al partir, los corazones todos de los que aún somos y dejaremos pronto de ser sus queridos diocesanos; corazones que conquistó desde el primer momento de su estancia en la Diócesis y que poseyó, con cariño en ellos siempre creciente, durante todos los días de su inolvidable gloriosísimo Pontificado. El nos había entregado el suyo, magnánimo, por entero.

Cuando estas líneas escribimos, las Autoridades y el pueblo de Astorga, sin distinción de condiciones ni de clases, en medio del sentimiento que experimentan por la marcha del queridísimo Prelado, del padre tierno y fiel amigo de todos, del mayor de todos sus bienhechores, se disponen á despedirle con el mismo entusiasmo con que hace nueve años le recibieron, y á testimoniarse con elocuentes manifestaciones de afecto más sincero que, si bien no tardando quedará para siempre disuelto el vínculo espiritual que existe entre el Obispo y sus propios diocesanos, con el ¡adiós! que le dicen no se rompe ni puede jamás romperse el fuerte y constante lazo de amor que les ha unido, desde que tuvieron la dicha de conocerse. El Obispo Alcolea sale de Astorga, orlada su frente veneranda con inmarcesible corona de flores de admiración y de cariño, que sus hijos le tejieron: sale como en ella vivió.

Pertransiit benefaciendo, et sanando omnes, haciendo á todos sin excepción objeto de las bondades de su liberalidad sin límites—pues seguros estamos de que no hay en la diócesis uno solo á cuyas necesidades y conveniencias, de todo género, en la medida de lo posible, no atendiera, ó requerido ó anticipándose él á todo requerimiento—¡así es como pasó por entre nosotros!

Con él van las bendiciones de todos, que á fuer de bien nacidos nunca podremos olvidar sus nobles infinitas generosidades; aquí quedan, co-

mo perenne gloriosa estela que á su paso dejó, las magnas obras que emprendió y supo llevar á término feliz en bien de Astorga y de su Obispado.

Justo es que también le acompañen nuestras oraciones humildes, en que pedimos á Dios, dispensador de todo don, que le colme de toda suerte de felicidades y de gracias; que le conceda mucha salud y conserve largos años su preciosa vida, para derramar por todas partes los ricos tesoros de bondad que en su corazón encierra, ganando así muchas almas para el cielo y proporcionando días de gloria y de júbilo á nuestra Santa Madre la Iglesia.

